

Un lugar en el mundo

El mundo es testigo del torbellino de transformaciones y cambios permanentes y no queda ya tiempo ni para el desconcierto, ni para la duda y menos aún para la improvisación.

Nos rigen las leyes del mercado. De hecho ingresar al mundo global no es una decisión, sino una necesidad impuesta por el mismo mercado.

La tan mentada globalización, que borra fronteras y acorta distancias, tiene efectos más allá de la economía; está presente en la vida social, política, científico-técnica y cultural de las sociedades. Acaso los traductores no damos fe de este fenómeno día tras día al encontrarnos con una constante invasión de términos que a simple vista "no tienen traducción"?

Frente a un mundo cada vez más homogéneo, no tendremos que preguntarnos cuál queremos que sea nuestra función: guardián artesano del idioma o simple espectador pasivo de un proceso de aculturación?

La respuesta no es unívoca porque la realidad es compleja. El debate acerca de las consecuencias y posibles respuestas está en marcha y es deber de la comunidad de traductores participar en él abiertamente, ya que tenemos mucho que decir y sabemos cómo decirlo.

Nuestras palabras deben, como siempre, contribuir al acercamiento, a oficiar de puentes, asegurando que haya una lengua de partida y otra de llegada.

El ejemplar nº 3 de nuestra revista académica *El Lenguaraz*, única por su estilo y género en la Argentina, ha utilizado justamente la imagen de los puentes de nuestra querida Buenos Aires para ejemplificar de manera evidente qué lugar ocupamos en todo este proceso.

Cabe preguntarse si no será ya tiempo de enfrentar a la sociedad con nuevas premisas. Se perfila ya desdibujado el lamento por el "desconocimiento so-

cial" de nuestra querida profesión y debemos convocarnos ahora para que cada uno de nosotros haga un reconocimiento sincero del grado de compromiso al que apostamos en cada labor profesional o en la defensa de cada eslabón transitado.

No negamos que nuestra profesión debe enfrentarse permanentemente con el lugar social innegablemente adquirido por otros profesionales "culturalmente incorporados", pero no es menos cierto que definitivamente debemos hacer docencia y educar al soberano que hay en nosotros mismos, en nuestros colegas y obviamente en el entorno, para que nuestra dignidad profesional deje de ser invocada para instalarse reconocida e insoslayable.

Las nuevas generaciones de traductores no tendrán seguramente los problemas que nosotros venimos arrastrando desde hace años: El Colegio está trabajando con las universidades, desde las charlas con los alumnos hasta la celebración de convenios que se traducirá en un incesante intercambio entre Instituciones formadoras e Instituciones profesionales.

Se trata entonces de tomar plena conciencia de que un trabajo aislado en pos de un reconocimiento sólo será un aporte débil, mientras que de nosotros, profesionales del decir y del transmitir se espera mucho más. Habrá que estar alerta y reconocer la señal en el momento justo.

Preservar la identidad cultural es asegurar un lugar en el mundo, que sabemos que tenemos, pues mientras haya seres humanos, hará falta comunicarse. Preservar la identidad de objetivos es consolidar nuestro definitivo espacio, que sabemos que hemos adquirido pero que quizás aún no hemos aprendido a reclamar con suficiente trascendencia.

El Consejo Directivo